

Quicio

JULIO CÉSAR TOLEDO

A Mery, digno equilibrio

FUEGO EN TIERRA

CUANDO DIGO DESIERTO me detengo

y convulso y poseso rectifico.

Todo se hizo aquí antes del tiempo,
se hizo el fuego, el dolor y hasta la lluvia
mineral que me embalsama.

Seco antes de su inicio
el desierto es límite o frontera,
fin del mundo e infierno sustituto;
patria chica de mis huellas espinadas,
de mi aliento a cardo seco,
corazón pétreo.

Qué pasión atrajo hasta este páramo
amarillo al vientre de mi madre
que me puso en el nombre,
cruel destino,
desterrado, maltrecho...

Antes de nacer ya había sudado.

La claridad de mi voz
rasgó el cacto espinoso;
todo, desde antes (incluso de mi)

fue áspero.

Aquí, todo se detiene al mediodía
cuando el sol, fruto encendido, cuelga
de este cielo distante
quemado.

Todo nace yermo y se calcina
con la inmóvil quietud del segundero:
señal unívoca de un dios, de sus olvidos.
Todo aquí lo reconstruye
la mano de la noche inhabitada.

Una serpiente dibuja un mapamundi
mientras reptar en la sal
e inventa una efímera escritura
que no da de beber.

-ya siento, padre ausente, *la corriente de sed hasta mis huesos.*

Aquí, todo se funde al mediodía.
Una roca -feliz sobreviviente- se empecina
mientras arriba

el sol

también en fundirla se entretiene.

Sin que nada se altere en el paisaje

sopla el viento de lumbre, nos penetra.

Pausa.

Cenit.

Yo pienso desierto y

mi lengua enrojecida es una llamarada.

Ardiente llega sin prisa la tarde.

Multiplica el letargo, todo lo enciende.

Los lamentos son silencios

en la boca del silencio.

Toma entre su luz la lagartija

una siesta ritual para enredarse

en colores de sangre tibia.

Quién te amara, sol, como el reptil

quién te amara:

en tus brazos de luz también cabe la muerte

Aquí, todo es un espejismo.

Fiebre o infancia ¿a qué has venido?

A esconderte entre la quemazón

de las arenas

para que tu ampola

se haga en mi piel sutil e imperceptible.

-Cuando digo desierto, amada madre, tu nombre digo.

Inhabitada la noche va creciendo

dilata el tiempo, la pupila.

Silencio.

Todo cae,

caigo,

me congelo.

Ahora el sol brilla de negro

-igual quema-

Extraño el dolor inquebrantable de mis huesos.

DETENTE ya, silencio.

¿Por qué tomas como escudo esta mañana,
si has estado aquí desde mi adolescencia?

Hay instantes que prefiero no encararte
y entonces vas

expandiéndote.

Afuera, un parque hace la batalla
y tú sigues habitándolo todo

-en el fondo-,

esperando paciente penetrar

(también)

los rincones del monólogo interior.

PADRE

Solamente nos separa, padre, un hueco habitado por el mundo,
una transparente brecha,
una ignorancia mutua y tres décadas de desaparición.

En qué montón de tierra iré a maldecir cuando te mueras,
a quién le entregaré el coraje, el odio insatisfecho de mi adolescencia:
lumbre que el estómago petrificó.

Y cuando llega el viento cortante de septiembre
(la ciudad cierra los ojos y se alimenta de su polvadera)
encuentro en ese ardor de garganta el único recuerdo de ti.

Has de estar también en el agudo mediodía de la canícula,
cuando todo se funde y la piel se nos incendia,
cuando una gasa cubre nuestros ojos y no nos podemos reconocer.

OTRO DESIERTO

Terminé por descubrir
que tu nombre no es poesía
ni poema,
sólo palabras a la intemperie
que no sirven ya para sentir.

Ceniza

Tu aliento en mis labios
era fuego que todo lo quemaba,
los pechos ardían y ardían los muslos;
Todo se encendía en la hoguera viva
de aquella nocturna habitación.

Después sólo ceniza:

La luz hizo al jardín,
hizo el día y dibujó
en la cama
tu silueta que el viento dispersó.

Abrí bien la ventana, fui tras de ti.

UN DRAGÓN PARA SAN JORGE

Salvajes como el dios de nuestra infancia

J. F. G.

Creo que la ciudad nos envenena

y

va pidiendo -o tomando-

un sacrificio de sangre que aquiete

su hambre voraz.

Pienso que custodia sus muros

con una llama tenaz que nos contiene.

Dispersos, insolutos,

andamos por sus calles y sus fauces

oscuras de animal.

La ciudad con sus anuncios espectaculares

sobre lomo de reptil –las azoteas-

nos aplasta, me parece.

Nos pone viejos.

Crece la capital como una roncha,

enrojeciendo toda piel, llenándola de pus.

Ungüentos de pólvora aminoran, por las noches

la comezón.

Fuera de sus límites no existe
carretera ni avenida transitada
por santo varón que nos libere,
hombre, ungido o no, que pueda con la bestia.

Supongo que las calles y ventanas,
los pasillos y televisores
cercan nuestra efímera estadía:
las prisas de las compras – escamas, ropa nueva-,
el umbral.

Todos –quiénes somos- somos carniceros,
gozamos el oficio de intestinos,
de aberturas dolorosas y sangrientas,
de recuerdos de mar.

Besa el tiempo con su hiel los cuerpos,
nos contagia la aurora con sus camellones.
Lívidos, a mitad del día,
ansiosos por la noche que ya,
sus primeras lámparas, enciende.

Nos ponemos una piel sobre las ropas.

Deambulamos

por las gástricas vías que nos conducen

hasta el salto mortal.

Durante el día nos esforzamos en pecar,

en dejar de ser vírgenes de todo

para conservar intacta la existencia.

Nadie sabe

quién será ofrenda por la noche.

Caminar,

tomar un taxi si libramos el peligro,

ya será otro día, marometa,

malabar qué hacer.

Se irisan las cortinas con el fuego

de los fétidos eructos de la urbe:

discretas sonrisas si estás vivo,

luto temporal si eres el deudo,

ganancias moderadas si supiste apostar.

Mística enseñanza de las regaderas,

la suerte en tretrapack;

la tranquilidad –quizá enlatada–.

¿A quién le hará falta un redentor?

Antes – recordamos- fuimos niños y anduvimos
persignados por los puentes peatonales,
luego inventaron los escapularios y
de su mano

(ahora andamos sueltos)

aprendimos a matar.

Hoy los puentes son estatuas militares;

homenajes ecuestres

plenos de palomas y sus heces :

orgullo y gloria nacional.

Imagino que enfermamos por su culpa,

por parásitos que caen

a nuestra alcoba;

por su ruido infinito e inquebrantable

que mal sabe a patria. Ciudad.

Y en un cuarto pequeño, entre edificios,

un bendito viejo jubilado

pule la memoria en el reflejo de su lanza.

Llora y bebe en silencio.

Busca en el yeso desprendido del pretil

la figura de un dragón que degollar.

FUEGO NOCTURNO

Anocheces.

Tu silencio se vuelve pausa

de todo el universo.

Eres el sueño de la ciudad

(las luces, rebeldes, invaden ciertas calles)

Sigues ahí,

aliento que cobija nuestra entraña.

Iracundo dolor de aceras grises

vuelve

a ser oscuridad, silencio.

Eres fuego que calcina;

eres el fuego que calcina la noche.

MEDIA NOCHE

Preña al aire con su voz el eco.

La ceguera es inmensa,

más inmensa sin ella

y agudiza el canto nocturno de la tribu.

En el cauce del río

—es un recuerdo—

baila en sacro cortejo un alacrán

(noche

y sueño

son testamento escrito en verso).

MEDIA NOCHE EN BAGDAD

Bagdad es el centro de la tierra
porque todo alrededor es un desierto.

Tanta luz,
todo el calor,
quemadas mis pupilas
por la media noche.

El daño se hizo desde el mar,
hacia la piel y en las sábanas manchadas
que son mortaja: serán tormenta.

Bagdad, entonces, es un castillo de arena
cuesta arriba, sin humedad.

MADRUGADA EN NEFUD

El desierto avanza en mi epidermis y acomoda sus arenas,
sus reptiles,
sus fuegos circulares.

Danza primigenia que arde en la vigilia; la noche es un presagio
de hena en la palma de su concubina:

doce años escondidos tras los negros ojos.

Rasga el cielo la cítara dorada y vuelve el sonido a los viajeros
escondidos

en las comisuras de sus sombras de algodón.

Mi alcoba también es un desierto y me sigue

y alcanza

y con sus ritmos inserta (en mis poros) sus arenas.

Cojín de seda roja anuncia la llegada del alba.

ANUNCIACIÓN

Ardió en la oscuridad del cuerpo
el mensajero.

Anuncio sutil hizo de luz la media noche,
hirvió los bronces,
el ardor untó en párpados y uñas.

Callaste desnuda y escuchaste
devota,
puntual a la hora del arribo:
charla suave, intermediaria

Dos segundos.
Bastó la intención para cegarte.
Nocturno el desierto te cobija
porque sabe que ya todo le ves,
fuego al amanecer.

Ochenta años.

(Para Roxana Elvridge-Thomas)

UMBRAL

Estamos en el umbral.

Parados en filo de navaja siempre:

emulsión de oscuridad e hiriente luz .

TODOPODEROSO

Detente celosa daga,
inquieta empuñadura de sutiles filos
que buscas, como alondra, tu morada.

Sin herida ya, te observo;
a salvo y con la noche en la garganta
cedo también a la quietud de tu extravío .

Disimulando espero
la eternidad de un parpadeo,
un minúsculo silencio (tuyo) que lo frene todo.

ABOU- JARIA

(ángel de la muerte)

Su primer guarida fue el desierto.

Entre dunas, morir es necesario;

Sedientas las ánimas le compran, del agua, la promesa.

Consagrado estudioso de la historia,

la astucia es su mirada perspicaz

con la que ha visto caer centurias:

millares de muertos

que ensanchan las arcas de sus triunfos.

Está escondido en corredores de mármol,

en el hedor de la gente que lleva días sin dormir

o apenas dormita en salas de espera, deseando que alguien muera

o imaginando que un misil nunca cayó.

Aguardan los mortales como él

ha aprendido a ser paciente, incluso sabe de sus rezos,

los repite;

Se agazapa entre las mantas que esconden las heridas.

Los niños son el blanco preferido:

combaten el embiste y sus almitas son mayores privilegios.

Los viejos saben bien comunicarse con la gloria, saben

–además de otros saberes- el nombre preciso que lo llama.

Es cobarde, por eso los evita.

Es aliado febril de los infieles.

Incita a la guerra que lo anima y le conviene.

Toda alarma de su estancia resulta innecesaria: es un haz del escondite

y viene, a veces, con gallardo uniforme a revolver el mar.

Tormenta. No es legión iracunda,

es humilde mensajero que conduce

–servicial-

con empeño hacia el rumbo inevitable.

ZHUR

Arde en aroma de olivo la techumbre,
cierne sobre nosotros la quemadura.

En el hervor sólo se escucha
entre las nubes y la tierra una oración.

Los objetos pierden sombra

El calor, por doce horas, del infierno
acumulado.

El mercado, la plaza, la medina
se incendian entre llamas de algodón y lino .

Mientras dios misericorde o su profeta
vuelven vista a las plegarias de los hombres,
una *gurfá* se consume en fuego propio:
humana combustión.

En la soledad, un cuerpo adolescente.
Una flor (girasol) gira y se expande
mientras el sol funde afuera los sonidos,
de otros ritos es ígnea señal.

No hay margen que se perciba.

En la caldera inmensa del oriente,
somos materia a derretir.

La piel se disuelve con la piel, con la arena,
con el vaho que envuelve el centro de tierra:
arde el cuerpo y la ciudad, todo es ritual.

SHAHADAH

Las palabras son anzuelos
o redes
que echamos para hacerte venir.

Repetimos tu nombre y lo afirmamos:
Tú eres tú , no podemos
comprenderlo de otra forma.

Por ser signo sospechamos.

Este mar agonizante
no deja que llevemos a la mesa,
a la ofrenda tuya ningún pez.

Todas las auroras
tiñen con tu sangre nuestras casas,
nos bendice;
volvemos, pacientes, a anudar la red.

Tu nombre es ordenanza.

En el infinito ritual (de llamarte)

cimentamos nuestros pasos,

navegamos en tormenta bajo tu timón.

SALAT

Rehierge la ciudad en sus arterias,
las palabras también hierven:

todo nombran

sin crearlo;

no habitan el centro de las cosas.

Pausa cinco veces repetida,

invisible furor inflama el lógamo
del mundo.

En las comisuras de una idea,

en silencio,

se hace el lenguaje único,

cifra en las espaldas arqueadas

las respuestas

y traza el fervor.

Cinco instantes donde todo se detiene,

todo vuelve a nacer y se construye

acomodado por el mutis que antecede

a la palabra.

Otra vez la tierra quema en su carrera,

espera la próxima oración.

SEA

el mar de fuego

en su infinita tormenta

la mirada que nos contenga:

espacio sin borde,

cansada memoria,

presencia de arena,

palabras de sal.

CAMINO DE RETAMAS

El cielo nos asfixia.

Recorremos el espanto con sencillez todos los días. El destino. Como al dolor lo hace la mano disfrazada, así nos hace del dragón la garra, del limo de su charca. Somos claridad de espejo que el calor pandea, somos padres infectos ansiosos a la hora de la cena.

Qué fiebre tan seca. Qué desgastado ardid hilaremos en la rueca maligna que escondemos en la oscuridad de un camino de retamas similar a los ojos de la dulce dama devorada.

El cielo nos asfixia en su promesa.

Celebramos la renuncia del celeste caballero. Cada corazón ha sido devuelto a su aposento en el que juega felizmente hasta ensancharse. El sordo zumbido de los carroñeros anuncia la violenta caricia del dolor suspenso. El tacto recobra su grieta original.

MAR Y SOPLO

*ahora sobre mar; pasado, como el aire, por un sol
que es carbón allá arriba...*

J.R.J

PUERTO

Uno entra a ti como a la casa de dios
(templo derrumbado
reconstrucción)
con una sensación
de quemadura en los labios
por tu beso *acecino*.

Tus calles húmedas piernas de mulata
en carnaval.

No hay tiempo que transcurra,
la calma del oleaje
es el ritmo de todas tus arterias.
Si de noche todo está tranquilo,
un susurro lúbrico recorre el malecón.

Se está en ti como en sueño eterno.
En tus playas se duerme como en última morada
con la promesa de la resurrección.

Los párpados se escarchan con la sal

de tu caricia,

mientras

la lengua va sintiendo complacida

el azúcar de tu ron.

AHOGADA

¿Quién la ve justo en medio del océano?

Apenas descubierta flota
en estas aguas que le hicieron
de coral un mausoleo.

Ojos de nácar.

Su pecho intacto aún y sin espina
se abulta y palidece para ser
el último
terso escalón de un hipocampo.

la niña canta porque nadie le oye

¿Acaso una gaviota llevaría
a la costa
su trova de sirena?
El sol tiñe en un soplo
la enorme y confortable sepultura.

Niña, virgen de todos los navíos.

ANDO

por estas calles y el ruido

me es ajeno.

Tomo alguna avenida rumbo al centro

mientras vago

siento firme, bajo de mí, el suelo

al tiempo que desestimo la importancia de los pies.

El ruido sigue,

-letargo-

ajeno.

Doblamos en la esquina (yo, otros 10),

me detengo. Observo el semáforo,

me toco,

me siento.

¿Soy yo quien mira fijamente

o es el ámbar que me sostiene?

Abro la boca en un reflejo:

lo sé ,

soy el resultado de la evolución de un pez.

Sigo por la calle pero ahora entiendo.

Sigo, transito por el centro

pero ahora con fluidez, ahora,

-aún sobre mis piernas-

nado.
soy el pez anterior a los mamíferos
insomnes que inventaron la ciudad,
sobreviviente del inicio,
rastros de cardumen disoluto.

Antes,
el aire fue sólo un alcahuete
intermediario
donde ardía el reflejo.

Y la luz también era innecesaria.

Fui embrión.

Soy pez.
Y a veces también soy mi semen

buscando
inútilmente
fecundar.

ANIMAL MARINO I

En el fondo, un tumulto de moluscos
son placer de ensueño.

Imágenes fugaces de otra estirpe
o envuelven pececillos indefensos
en sus nidos,
con el estrépito de su congregación.

ANIMAL MARINO II

Suena

con brío su corno (hembra en celo)

y el sonido de la brisa

va bordeando,

salta roca a roca la península.

La noche ofrece su color para el ritual.

Preñada cae, varada sobre su sombra gris.

A Alikú, con quien quiero evolucionar

ESTE PULSO vital en donde a veces
verdaderamente nos sentimos
donde algunas noches también has sido mía
ese estrépito que invade
que nos deja desmembrados.
Ese temblor de piernas y caderas
no es más que un marítimo atavismo
recuerdo
de cuando nadábamos kilómetros
en busca
de aguas cálidas en donde desovar.

ESPECIE NOCTURNA

I

Amanece.

El alba, de privilegios es un escaparate.

Todos van,

de ida o vuelta pero andan;

comen, bullen a pasos cortos. Hay que llegar.

La calma está en desuso.

Olores de café, chocolate y loción

-barrera de sentidos-

se mezclan en vagones atestados.

Pronto, el mediodía todo lo calcinará.

II

El hambre

comienza a caminar (trepar diría)

por las entrañas.

Pulula el anticipo;

las risas se adelantan, andan sueltas

y se sirven de botana;

El alcohol gana terreno, domina.

Llega el punto crucial,

definitivo arcén

-vuelvo a trabajar o cambio por vodka la cerveza.

Hervirán las venas dos, tres horas

luego una pausa fugaz antes del salto;

puntuales la ebriedad

– a las nueves más o menos- hemos de hallar.

III

La noche es prolongado instante previo.

Contención,

vértigo.

Tendremos que saltar, ¿caer acaso?

Ya será otra tarea reconocernos:

jugar, como fichas, nuestros restos.

Ajustar la cinta del zapato, el cinturón.

En la piel un aleteo, rescoldo de otras ataduras.

De las comisuras de este pavimento

emergen

sedientas legiones sobre bestias

que olfatean las luces de neón.

Sin muchos contratiempos encontramos
cualquier habitación que gire y dance
hacia las horas altas.

Beber es preciso,
comenzar el ritual que nos asciende:
magia incorruptible de la juerga interminable.

Del éxtasis oscuro hasta el vacío,
a las etapas en que amamos por teléfono
llegamos incrustados al cristal.

Henos aquí que estamos reunidos
y habremos de libar sin condiciones,
una vez más, dos, cinco...

Los muros y las losas son pasillos,
el viento suena turbio y se entrecorta,
tus párpados reclaman libertad;
tus parpados,

ahora,

son los míos.

Impune se aparece la verdad
y no hay en el lugar ningún poseso

que escape a sus heridas lacerantes,
mañana –que es hoy sin parecerlo-
fuera del trance, nadie la recordará.

En un balde de plata hemos dejado,
como ofrenda final del sacrificio,
la cabeza de la noche para el alba
que al cabo ha de bailar sobre las nuestras
mostrando su furia,
su desnudo ombligo.

IV

Hay que llegar.
Los sentidos amanecen confundidos,
chocolate y ron impregnan las promesas.
Todo se junta, todo duele:
la sangre diluida sube apenas
a la nuca que se encoge al interior
de un vagón atiborrado.

(para Carlos González)

CONSTRUIR LA MIRADA

más que ver palomas jactarse de su vuelo.

Más que andar

madurar las formas en el aire inhabitado.

Aliarse.

Anticipar el punto

donde estalla la luz en filamentos:

alquimia disfrazada de labor.

(Para Will Rodríguez)

NADA

Todo pierde – en medio de esta ausencia-
su certero nombre:

todo es suposición
y todo es nada

ya no hay centro en las palabras
para darles duros puñetazos (por eso):
acepta, dolor, este intento por llamarte.

El mundo anda sobre mi,
cabalga desbocado
y cada objeto, informe y desnombrado, sigue
pese al lento veneno de las horas
funcionando.

La cama donde duermo no es la cama
porque no tiene, ya, las mismas sábanas,
ni es parque ni sonrisas las del niño,
ni sangre la que mancha sus espejos;
ni harina

y levadura su mendrugo,
ni insomnio (que es sueño) ésta su tos.

Todo pierde – en tu recuerdo-
su epicentro.

Nada,
excepto la rabia precoz e inesperada
(ingenua rabia que todo lo hace lento),
se mueve de lugar
y sin embargo
cómo duele el corazón,
cómo su resto.

¿Acaso
su latir desvencijado
quita al mundo su chocante movimiento
y no deja de girar?

Aquí mismo me lleno de certezas
-podría contarlas, otra vez sobre la mesa-
y no sirven
otra vez
para más nada:

no me alcanzan para ser,
ni para estar; no alcanzan a doler
como el recuerdo,
no,
no alcanzan.
Lejos de ti nada se llama,
nada tiene verdad
y todo es nada.

VUELO

Todo inicio es anterior y sin embargo
encuentra aquí su origen el olvido.

En las noches vienen los recuerdos:
son brigadas de filosos dardos,
ecos;
son legión.

Yo, espero haciendo un surco con mis pasos,
camino mas el transe ya me eleva,
todo va quedando abajo.

Veo la habitación desde la altura
como vi la ciudad a mi regreso.

Quiero que mires desde aquí, que te contagies de mi vuelo
quiero ir hasta tu cama y transportarte,
quiero subirte,

darto alas,

o un avión.

Aguardarás este regalo como en aeropuerto, listo,

con el destino escrito en un papel.

Ahí, -qué suerte-

podrás acariciar también tu nombre /partirás y habrás llegado.

Un soplo templado hará de viento el sortilegio.

Igual que yo, esperas pero inmóvil.

Cuentas las horas,

sabes nombrar a los minutos acaecidos,

sabes bien que las horas

permanecen

y algo tienen de estilete

que deja su polvo de cromo en la piel.

Tu herida será pronto cicatriz, mapa preciso en la epidermis.

Buscas con afán las coordenadas.

El viento es habitáculo y sendero;

tiene la memoria intacta. Cuando pasas se contrae

cediendo al roce luminosos de tus alas.

Sí, tus alas:

vertedero y fuselaje

son brazos de creciente luz.

No hay avión,
no te lo doy y sin embargo
ahora sabes los secretos de volar.

Eres, lo sé, un ave melancólica que busca.
Eres el resultado de una cruza, o una evolución adelantada:
hombre de simiente firme, delicadaavecilla de metal.

En el corazón – es una turbulencia-
tiene la vida su hélice liviana,
tiene un alo envejecido de aeroplano trimotor.

Ves el horizonte
y es la misma mirada quien lo crea,
el ojo que lo amolda a su contorno y a su vuelo
invisible de radar.

Haces con precisión entre tus dedos el paisaje.
Es puro cálculo la gracia,
no es el vuelo en sí sino su plan
lo que nos llena el corazón con esa danza,
- qué instrumentos-
magistral piloto de cabriolas con los pies en tierra.

(Ícaro)

¿Qué trae consigo el aleteo
sino un rescoldo del pasado que se siente
como cera arder en las espaldas?

Ese mismo trazo de tu urgencia
será después la pira
que rasgará la noche con su brillo.

Afán por lo inasible es la nostalgia,
Te imanta el golpe seductor
y dulce
de la quemadura.

Sol.

Espiral grotesco,
despeñado en plumas y cenizas caes:
vuelo grácil destinado a fracasar.

Línea libre.

Pero el peso de vivir está en el vuelo, dices.

No basta con hacer
la ruta en la cartografía:

hay que volar.

En la tierra, litoral o continente, hay una asfixia;

existen miles de destinos caminables,

/pero sólo el cielo/

el cielo es un espacio que se debe transcurrir,

dices también.

Entonces, la soledad hace un ruido de turbina,

me ensordece y te marea;

ahí,

despegas.

Las nubes son amables compañeras,

hacen con su rastro el pensamiento

que vuela contigo y te va guiando

hacia una pista,

un monte digno (de la colisión),

un hambriento y zarco mar.

Vuelo raso.

Tu cuerpo,

ave refulgente ,

va rompiendo en su velocidad este silencio;

con suave firmeza rompe el himen

y acaricia

complacido

la hendidura sangrante del amor.

Hay, como siempre, resistencia. Textura de navajas en la cara,

la corriente te levanta

y sobrevuelas, al fin, toda llanura y ves – quién fuera tú-

mi habitación.

VUELO COMERCIAL

La brusca sacudida,
el salto,
se vuelven de pronto un sentimiento.

Los límites dilatan la pupila.

En las ventanillas aparece,
como en función de cine, tu ciudad.

Desde arriba se ve claro:
somos grupos de luz (tal vez de focos)
agrupados en islas angulares,
divididos por calles que dibujan
retículas de claroscuros.

Quizá seamos plaga.

Tu ciudad no es muy distinta de la mía,
tiene ascensos de fuego por montañas,
pequeñas banderitas
que ondean en el centro de los parques;

minúsculas carreras que la alejan

de su pétrea rigidez original.

No sabría explicarla mejor desde otro lado.

De arriba, desde el vuelo,

se hace así de transparente /esta desbordada conjunción:

Pese a que la turbosina mancha la clareza del paisaje, ahora entiendo, mal entiendo o interpreto, aquella idea que Reyes acuñó.

Una voz interrumpe

la mental arquitectura:

datos, grados, latitudes

desatan otra vez un sentimiento

o es quizá (de nuevo luz) el anuncio

de poder desabrochar el cinturón.

Sentado,

por encima de techos y azoteas

aeropuertos de mi adolescencia,

veo.

Como si no se tratase de respiración sino del ojo,

veo

la ciudad que te da abrigo

y pienso -seremos tú y yo cuando aterrice,

una encendida luz.

SOBREVOLAR LA MEMORIA

Sería además fundamental,
así como inventamos los biplanos,
hacer un aparato volador
-engranes de armamento contra el aire-
que desafiara el huracán de la memoria
sobrevolando lo que algunas tardes
desde el cielo trae.

POEMA AVIÓN

Estas palabras que lees
tienen estructura metálica y aspiran a poema,
quieren ser, en sentido estricto una aeronave.
Llámale avión, me da lo mismo;
lo importante aquí es
que vuele.

Lo vital es que el poema tenga alas,
asientos al menos para dos:
un piloto resulta imprescindible.
Que trabaje el torrente de sangre combustible,
que deje
en el espacio
su esencia hecha de humo;
que haga, en su pirueta,
una señal discreta que se pueda ver.

Intenta despegar este poema
con sus ruidos y sintaxis propulsoras,
ganar altura con los signos,

planear, acaso, en consecuencia de los verbos;

tal vez

después de tu lectura,

monosílabo, se atreva a aterrizar.

El poema tiene por fin último volar

-mejor, ser vuelo- .

Y si algo transporta por los aires,

será más que palabras predispuestas,

habrá sido,

venturosa maquinaria,

un avión.

(Rudder o Epilogo)

Ya luego se verá, si se relee, que a veces

-depende también de las corrientes,

del piloto,

de la forma de leer.-

El poema no despega.